

NOTA A LOS SUSCRIBIDOS... Chismes, cuentos, chascarrillos, anécdotas, epigramas, fábulas, modas, teatros, artículos festivos de los mejores escritores nacionales y extranjeros.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO PARA REIR.

Costumbres, semblanzas, tipos, crítica literaria, consejos (que el que los quiera los toma y el que no los deja), acertijos, charadas, logogrifos y lo que verá el curioso lector.

6 rs. por trimestre en provincias, remitidos en sellos ó libranzas á la Administración.

16 rs. por trimestre en Madrid. Administración, Jardines, 14, librería.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias, cuyo abono ha terminado, ó termina en este mes, se servirán renovar la suscripción oportunamente para recibir EL CASCABEL sin interrupción.

Suplicamos á nuestros favorecedores que para hacer el pago de las suscripciones prefieran siempre las libranzas sobre correos á los sellos de franqueo, remitiendo estos únicamente en el caso de que no tuvieran facilidad de adquirir aquellas.

LOS PRESTAMISTAS.

Pedir prestado no es más que mendigar, así como prestar con usura no es menos que robar. (Lessing.)

Es indudable que las personas que se dedican á este oficio viven bien, viven holgada y anchamente; sin embargo, yo que tengo una manera particular de ver las cosas, diré siempre que el oficio á que me refiero es un mal modo de vivir.

Numerosa es la clase, y esta circunstancia constituye un mérito para mí, del cual quiero hacer alarde, porque me halaga de veras; este mérito consiste en atreverme yo solo, un pobre hombre pobre, contra tantos poderosos y archi-poderosos que han medrado á favor de la usura. Ellos, envalentonados con su dinero, me mirarán tal vez con desprecio; pero ¿qué me importa si en cambio sus innumerables víctimas me honran con su simpatía? Aunque alguna alma mezquina crea que escribo una hipérbole, juro que no cambiaría esta satisfacción por todo el oro que los prestamistas pudieran darme, si es que algun prestamista puede dar más que desazones.

De todas las gracias que suplico á la divina Providencia, la que mas encarecidamente deseo es la de que, si algun día no tengo otro recurso para no morir de hambre que el dinero de un prestamista, me dé aliento suficiente para encerrarme de mi propia voluntad en un asilo de beneficencia.

Todos somos hermanos, menos los prestamistas, á quienes el parentesco mas inmediato que respecto de los hombres puede reconocérseles, es el de cuñados.

Quando veo un anuncio que comienza: Se facilita dinero á las clases activas y pasivas, traduzco siempre: Se desea quitar el pan de la boca á las clases activas y pasivas.

El prestamista es, á pesar de todo, un hombre que en la forma no se diferencia de los demás; anda, come, bebe, escupe, y habla también como todos. Los que no le conocen, pasan á su lado tan tranquilos y como si tal cosa; los que le conocen, si desgraciadamente le necesitan, le ceden la acera, y le saludan muy rendidos; y si no le necesitan y piensan como yo, le ven con absoluta indiferencia, y como quien dice: ¿Y á mí qué?

Yo no condeno á los prestamistas, por el hecho de haber elegido este oficio; lo que condeno es el abuso.

Los prestamistas, que se contentan con que el capital que emplean les dé una renta módica, y que al mismo tiempo que desean proporcionarse una ganancia legítima, desean también que esto no sea con perjuicio de tercero, no merecen censura; por el contrario, de esta manera pueden, en casos dados, hacer gran favor al prójimo, que luego paga muy gustoso el interés módico que se estipuló; pero como estos prestamistas son los

menos, he aquí por qué me parece que este artículo está muy en su lugar.

El prestamista que se contente ahora con un 6 ó 8 por 100 de interés, merecía que se le erigiera una estatua ecuestre á espensas de las beneméritas clases pasivas. Si hay alguno, que alce el dedo, y se abra la suscripción inmediatamente. Yo, si no puedo contribuir con dinero, escribiré una oda en loor del héroe de la usura.

El prestamista que facilita dinero al 23 por 100, es tenido ya por hombre caritativo y amante del prójimo; y con razon, porque ni con candil se encuentra quien preste á menos del 50 por 100.

Señora doña Basilisa, mi respetable coronela, necesita V. 3,000 rs. para hacer á las niñas unos trajes nuevos, y ver si se puede conseguir que se vayan colocando?... Pues firme V. haber recibido 3,000, y es cosa hecha.

Y V., donosa y desconsolada huérfana del bueno de don Froilan, benemérito administrador de correos, quiere V. que se le adelanten un par de pagas, para ir á los baños de Loeches, y curarse de esa tristeza que la consume á V. hace tiempo?... Pues venga un poder, para que el prestamista cobre por V. al fin de cada mes, y se reserve en pago del adelanto seis de quince duros que V. tiene de pension, y uno por el trabajo de ir á cobrarlos, y él hará que tarde ó nunca vuelva V. á tomar los quince del pico, limpios de polvo y paja, y ya verá usted cómo siempre hay deuda en pie, y cómo entre V., que siempre ha sido un poco manirotta, y no conoce el valor del dinero, y él, á quien conviene mas que otra cosa que V. no ponga en orden jamás sus asuntos, la trampa se lleva al fin la pension que con tanto trabajo ganó para V. el bueno de D. Froilan, que esté en gloria.

Señor D. Miguel, indigno comisario de guerra jubilado, aunque siempre está V. rabiando, ya he sabido que anoche en casa del Zurdo perdió V. cinco mil reales en otros tantos birroles, y á juzgar por la cara de vinagre que lleva V. hoy, me parece que no le hizo mal dita la gracia la broma, y que de buena gana iría V. esta noche á desquitarse ó á perderlo todo, menos el honor, que no es fácil perder lo que no se tiene; pero como el golpe de anoche le habrá dejado á V. sin un real, y como no es fácil que le presten á V. sobre su jubilacion, pues como V. sabe mejor que todos, tiene V. dos retenciones, y hay quien espera que le toque su vez para entrar á cobrar, y probablemente no será este solo el penitente á quien interese la vida de V. por la cuenta que le tiene, no le queda á V. otro recurso que dirigirse á mi amigo D. Fulano, prestamista y procurador, quien no tendrá inconveniente en facilitar á V. algunos miles de reales, 2,000 por ejemplo, sin que V. tenga que hacer otra cosa que firmar cómo ha recibido V. de dicho señor la cantidad de 4,000 rs. en calidad de depósito, la que pondrá V. á su disposición dentro de dos meses, y ya puede V. irse desquidado á la timba, y seguro de que si dentro de dos meses no tiene V. ni los 4,000 rs. ni que comer, en la cárcel le darán á V. casa y alimento y gozará V. el inefable placer de interesar á las almas piadosas y caritativas, que no podrán menos de deplorar que un hombre como V. se vea acusado de estafa.

Y tú, pobre padre de tres hijos, que no tienes empleo, que no eres activo ni pasivo, ni conoces á un banquero que responda de tí, ni á dueño alguno de casa abierta que para tí no la tenga cerrada, tú que te has decidido á implorar la caridad de las personas pudientes, y la primera á quien piensas dirigirte es tu vecino Don Eleuterio, prestamista, con quien fuiste á la escuela, y á quien tu padre hizo muchos favores, pasa de largo y no llames á su puerta, porque es fácil que si le pides un duro, te exija que se lo devuelvas duplicado; y muy probable que si le dices que no lo pides prestado, sino regalado, te eche el perro, si lo tiene; ó te denuncie como ratero y vago á la autoridad. Mas te valdrá acudir á otro tan pobre como tú, que puede que, si tiene un duro, te dé generosamente la mitad, aunque en su vida te haya visto, y aunque tu padre y el suyo hayan sido sargento de realistas el uno, y cabo de nacionales el otro.

Puede que el lector considere exagerados estos detalles; lo mismo hubiera creído yo antes de estudiar la numerosa clase de los prestamistas.

Esta industria es de las mas productivas, y si el rú-

mero de los que la ejercen, aunque considerable, no lo es tanto como parecia que debia ser en atencion al buen resultado que produce, es porque para emplearse en ese oficio se necesitan cualidades que tienen pocos: se necesita no tener corazon, y entre los hombres hay afortunadamente pocos que no lo tengan; se necesita acostumbrarse á ver con indiferencia el mal del prójimo, y á ser sordo á las súplicas y ciego á las lágrimas de las víctimas de la usura.

¡Cuántas humillaciones sufre el infeliz que acude á un prestamista, á quien vá á proporcionar una ganancia monstruosa, y que por esta circunstancia debia estarle agradecido! Nunca olvidaré la impresion que hicieron en mí no hace mucho tiempo las palabras y el llanto de un anciano, cubierto de cicatrices el rostro, y coronada la cabeza de venerables canas. Salía de la Audiencia con paso vacilante y preñados de lágrimas los ojos. Acercámonos algunos á preguntarle la causa de su dolor, y el infeliz, despues de algunas frases entrecortadas, nos habló así:

—Nó, no es nada... Es que... que como nunca me he visto delante de un juez, estoy avergonzado ahora... ahora que á mis años... ¡Vaya, todo sea por Dios!... Para que no se muera una hija que tengo muy malita... baldada la pobre... despues de haber vendido todo lo que tenía, he pedido á un prestamista dos mil reales sobre mi retiro, que es tan corto que apenas tenemos mi hija y yo para vivir... Y me los ha dado, si señor, Dios se lo pague; pero lo que siento es que para asegurar el pago me ha citado á juicio... y lo que me avergüenza es que delante del juez ha dicho yo le debia cuatro mil reales que me habia prestado amistosamente y sin interés... ¡Ya ven VV., y no me dá mas que dos mil!... Y el juez, es claro, me ha sentenciado á que pague con la tercera parte de mi sueldo... Y yo allí corrido de vergüenza y sin poder decir el cómo y el cuándo del negocio, porque luego se hubiera vuelto atrás el prestamista, y mi hija se moriria, y Dios me perdone, pero me parece que si ese hombre tiene conciencia, le ha de pesar en ella el borchorno que me ha hecho sufrir... ¡Qué habrá creído de mí el juez.

Hay algunos prestamistas que, como dice el vulgo, no dan la cara, dan el dinero por medio de agentes especiales, que son los que se entienden con las víctimas, y que hacen que estas paguen, no solo el exorbitante interés del préstamo, sino tambien que al recibirlo suelten parte de la cantidad que lo constituye, en premio de sus buenos servicios, con lo cual se demuestra lo verdadero del refran que afirma que al perro flaco todas son pulgas.

Si el lector desea mas informes, en la contaduría de Hacienda pública le podrán decir cuántas viudas, ó huérfanas, cuántos cesantes ó jubilados tienen libres de retencion sus pagas respectivas, y cómo á la fin de cada mes entregan una cantidad enorme, compuesta toda del importe de las retenciones, á don Fulano y á don Zutano, y á don Mengano que, tambien es casualidad, son tan amigos de remediar los males del prójimo, que todo el mundo les debe dinero.

Dicen ellos que su industria está sujeta á mil eventualidades; por mi cuenta estas mil se quedan en una; lá de que falezca la persona á quien han hecho el préstamo, y no deje en el mundo ningun interesado, lo cual calculo prudentemente que les podrá suceder una vez cada seis ó ocho años.

No se podria desterrar poco á poco la usura, procurando otros medios de socorrer al necesitado á menos precio y mas decorosamente?

El Monte de Piedad, por ejemplo, ¿no podría hacer préstamos sobre pagas como los hace sobre efectos?

Yo no contestaré á estas preguntas; yo denuncié el mal; procure quien pueda el remedio.

¡Si yo fuera ministro de Hacienda!...

¡Pareceme que sin escrúpulo de conciencia, habia de atreverme á mandar que se declarasen nulas todas las retenciones á favor de personas reconocidas como prestamistas.

Las personas que prestan sobre alhajas y ropas en buen uso, son fenómenos muy curiosos y dignos de estudio, y cuya moralizacion debia tomar por su cuenta la autoridad, interviniendo en sus operaciones muy de cerca.

Permita el lector que le presente uno de estos fenómenos, que se llama doña Gertrudis.

Yo la conocí diez años hace cuando vivía en la agradable compañía de su marido, dependiente del resguardo, de quien malas lenguas decían que en tanto que con laudable celo se dedicaba á perseguir el contrabando, hacia la vista gorda al contrabando que en su misma casa solía introducirse.

Pero llegó día en que el defensor de los intereses de la hacienda tuvo noticia de los dichos del vulgo maldiciente y de los hechos de su consorte pecadora, y despidiendo airado de su alma enamorada las ilusiones fundadas en la frágil base del deleznable amor de doña Gertrudis, pidió ser trasladado á otra provincia, y partió para su destino, llorando amargamente haber representado tan á lo vivo el triste papel de Adán con aquella Eva ingrata y coquetona.

He aquí á doña Gertrudis, libre como las aves que cruzan el espacio.— así diría un poeta ramplón,— y autorizada á hacer aquello que se le pusiera entre ceja y ceja, señora absoluta de su albedrío y dueña además de algunas onzas de oro, que ella, con su prudente economía, y con su costumbre de prestar á réditos alguna que otra pequeña cantidad, había podido reunir en dos ó tres años; sin que nadie pudiera averiguar de dónde le había venido el capital con que comenzó sus especulaciones; por que nadie podía presumir que el marido fuera cómplice en la industria de la mujer, y porque todo el mundo sabía que aquel pobre hombre no tenía mas que sus 10 reales diarios, con lo que demasiado conocen que no se pueden hacer muchos milagros, porque 40 reales en estos tiempos no dan mas que hambre para hoy y necesidad para mañana.

Peró abreviemos: de todos los misterios de la vida de mi señora doña Gertrudis, el que mas escitó la curiosidad de sus vecinas, amigas, cuñadas, etc., etc., y el que mas comentarios provocó y mas sorpresa causó, fué el que dió por resultado el establecimiento de una casa de préstamos, anunciada en una muestra colocada en el balcón, y que á la letra decía lo siguiente:

«HONRADEZ.—CARIDAD.—BUENA FE.

DINERO BARATO.

Se presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso.»

He aquí cómo la mujer fuerte, la mujer de alma grande y voluntad poderosa, no necesita para cosa maliciosa el apoyo del hombre; doña Gertrudis, sin embargo, necesitaba el concurso de otra persona, que le hiciera las cuentas, le llevara la pluma y la representara en casos dados, y para este oficio nadie mejor que un amigo de su consorte fugitivo, un amigo con quien no se que diferencias podría tener aquel, porque no creo que fuera motivo suficiente para odiarle saber que Gertrudis le distinguía con su confianza, y que él había sido siempre quien acompañaba á la abandonada esposa en largas horas de soledad, cuando los intereses de la hacienda exigían la ausencia del esposo del hogar doméstico.

Ahora cúmplame explicar el cómo y el cuándo de la industria de doña Gertrudis. Suponga el benévolo lector que una pobre señora acaba de pasar una enfermedad y ha agotado sus recursos, y no le queda mas que una sortija de bastante valor que ella en mejores tiempos regaló á su consorte, y que este le devolvió momentos antes de morir; aquella alhaja puede ser su salvación, y no necesita venderla; nó señor, sino únicamente dejársela á doña Gertrudis, quien le dará en cambio una cantidad, y conservará la sortija durante un año, en cuyo plazo la afligida señora podrá devolver la cantidad recibida, con mas un real por duro por cada mes que haya pasado, y recuperar la alhaja.

Mucho le costará decidirse á separarse de aquella prenda del amor que tuvo á su esposo, pero como la necesidad tiene cara de hereje, y en esto se parece doña Gertrudis á la necesidad, no tiene mas remedio que recurrir á la mujer del dependiente del resguardo, y con lágrimas en los ojos, presentar la sortija.

Doña Gertrudis la consuela, la anima, y le asegura que no perderá la joya, porque ella no es como otras empenistas, que lo que quieren es quedarse con los efectos, aunque falten las causas, y porque ella se contenta con no perder el dinero; y si se ha dedicado á hacer préstamos, mas lo hace por favorecer al prójimo, que por lo que la industria le produce, que no le produce otra cosa que muchos disgustos y muchos quebraderos de cabeza.

La señora necesitada no duda ya, y entrega la joya á doña Gertrudis, quien llama incontinenti al amigo de su marido, encargado de quilatar el valor de las prendas que se empeñan, y determinar la cantidad que, prudentemente, puede darse por ellas.

Y despues de mirarla y remirla mucho, con una autoridad digna de un tasador con título, dice que la sortija vale 500 rs., y que por ella se pueden dar 160 de empeño.

La dueña de la sortija advierte que le costó 2,000 reales; y el tasador decide ex-cátedra que bien puede ser cierto lo que aquella señora dice, pero que tambien lo es que ha pasado la moda de sortijas como aquella, y que la antigüedad, el uso, las circunstancias y otras cosas imponen á su conciencia el deber de aconsejar á la dueña de la casa, cuyos intereses le están confiados, que no

suelte un cuarto mas de 200 rs. y eso porque la señora á quien se los presta es toda una señora, y porque ni él, ni doña Gertrudis pueden ser, aunque debieran serlo, para no sufrir mas perjuicios que otra cosa, indiferentes á los males ajenos.

Y con este discurso queda convencida la dueña de la joya, toma los 200 rs. y una papeleta impresa con los huecos correspondientes, en los que se anota la fecha del empeño, la cantidad prestada y el número que tiene en la colección de objetos empenados en no volver á la casa primitiva, la joya testimonio del acendrado amor que se tuvieron dos esposos felices.

Y si al terminar el año, la pobre señora no entrega los 200 rs. del préstamo y 120 de réditos, la sortija que costó 2,000 rs., y que lo menos vale 1,500, queda en poder de doña Gertrudis que, admitido el rédito, se ha quedado impunemente con 1,180 rs. que no son suyos.

Considera, alma cristiana, si esto que hacen los prestamistas con los pobres que necesitan su dinero, es menos cruel que lo que los drusos hacen con los maronitas.

La familia que comienza á llevar á una casa de empeños sus ropas en buen uso y sus alhajas, queda desahuciada sin remedio.

Todas las industrias tienen sus quiebras, sus eventualidades; esta industria no tiene ninguna, porque hasta si en la casa entran ladrones y roban, ó se declara un incendio, la dueña ó el dueño no responde de los objetos ajenos que tiene en rehenes.—Así se declara en las papeletas de empeño, para que no haya lugar á reclamaciones si ocurre alguna de esas desgracias. Otra eventualidad hay prevista tambien por la perspicacia de los prestamistas: en las mismas papeletas que se entregan como recibo de los objetos empenados, se lee esta advertencia final: «No se responde de la polilla».

No son mala polilla los prestamistas sobre ropas y alhajas! Ellos no responden de nada, juegan con sus víctimas un juego en que ellos ganan siempre.

Y así como mas arriba exclamé: «Si yo fuera ministro de Hacienda!» desclamo ahora: «Si yo fuera ministro de Gobernación civil!»

Si no fuera por contristar al lector, le daría desconsoladores detalles que me han referido algunas víctimas de esas gentes sin temor de Dios ni amor al prójimo; pero hago gracia de ellos al lector; solamente sentaré que así como es preferible comer el pan de la caridad que el de la usura, es mejor vender lo que se tiene, si no hay otro recurso, que depositarlo en una casa de empeños, donde al fin y al cabo harán por quedarse con ello.

A doña Gertrudis le ha probado tan bien, como ella dice, el negocio, que por obra y gracia de los pesos duros que posee, ha logrado vencer el odio que su marido tenía al socio, y hoy le tenemos en Madrid viviendo su mujer y él como dos príncipes y muy agradecido al celo é inteligencia con que su amigo de otro tiempo ha desahuciado cerca de su mujer, el cargo de gerente de la casa de empeños, cuyo lema sigue siendo: «Honradez, Caridad, Buena fe.»

Por supuesto que doña Gertrudis se ha hecho santurrona; si quieren verla, vayan á la iglesia donde están las Cuarenta Horas, ó donde haya novena ó salve, y allí la encontrarán dándose golpes en el pecho, y rezando Padres nuestros, y pidiendo encarecidamente al Todopoderoso que le conserve largo tiempo la vida, porque doña Gertrudis tiene un miedo á la muerte, que solo se justifica por los pecados que ha cometido en sus años verdes, y los que comete aun, y cometerá hasta el día último de su vida, sacrificando al prójimo todo lo mas que puede.

Es que la conciencia le advierte de sus pecados; pero su depravado instinto es mucho mas fuerte que su conciencia.

Su marido pasa buena vida: come, bebe y no trabaja; él ha encontrado que es realidad la famosa ficción de la gran ciudad de Jauja.

Los prestamistas sobre pagas, sobre efectos públicos, y con garantías que convengan, miran con cierto desdén á los que prestan sobre efectos privados.—Aquellos suelen ser personas de circunstancias, hasta suelen ser electores y elegibles; éstos son generalmente personas de poco mas ó menos, que á fuerza de trabajo y privaciones han reunido algun capital, si no han hecho su dinero á favor del comercio que se ejerce en las prederías.—Las mujeres sirven perfectamente para esta industria, y las hay que en cuestiones de aritmética, y en buena disposición para explotar al prójimo, pueden dar quince y falta al hombre mas olvidado de sus semejantes, y mas firmemente consagrado al Dios del siglo, al dinero.

Los libros de una casa de préstamos son los libros mas curiosos y mas entretenidos.

No sé si tendré valor para mostrar algunas de sus páginas al lector, porque dudo que este lo tenga para leerlas.

Casi será mejor correr un velo sobre las miserias que me veria obligado á descubrir, si continuara tratando de los prestamistas.

Consuélese las víctimas de tanto y tanto usurero con la seguridad de que en el otro mundo debe haber para los prestamistas un infierno especial, donde las penas sean mucho mas terribles que las aplicadas á los demás pecadores.

LAS VUELTAS A SAN ANTON.

Hoy es san Antonio, madre, el bendito san Antonio, que mil veces del demonio resistió la tentación.

Vamos á dar, madrecita, para que el santo bendito me busque un buen maridito, dos vueltas á san Anton.

Esposo del alma mia, tú que nunca te incomodas, que en nuestras cuestiones todas me das siempre la razon; vamos, Márcos de mi vida, vamos, paciente cordero, á dar, los dos de bracero, dos vueltas á san Anton.

Escribidores famosos de periódicos amenos, que especulais con los buenos y la santa religion; dejad de mojar la pluma en hiel y ponzoña, y vamos, vamos, que á dar ó llevamos dos vueltas á san Anton.

Pancistas que vuestra gloria cifrais en ser empleados, y vivís desesperados cuando no teneis turrón; venid á dar, porque el santo haga que un Gobierno venga que os proteja y os mantenga, dos vueltas á san Anton.

Periódicos democráticos, que con ánimo sereno explotais al pueblo bueno con la mejor intencion; venid á dar, adornados con los mejores trapitos, y guapos, y decentitos, dos vueltas á san Anton.

Gastrónomo furibundo que nunca compras la bula, y que al vicio de la gula tienes feroz aficion; dí á tu mujer que te ponga cascabeles, ocho ó nueve, y que á dar luego te lleve dos vueltas á san Anton.

Politiquillos danzantes que andais siempre á la que salta, y á ver quién mas pronto asalta una buena posicion; de vuestro mérito inmenso el debido premio, pienso que lo hallareis luego, dando dos vueltas á san Anton.

GASCABELES.

San Petersburgo está profundamente conmovido con un deplorable acontecimiento, que ha tenido allí lugar hace dos semanas.

Un novio y una novia, casados por supuesto, han quedado helados en el lecho nupcial la noche de boda.

Figúrense ustedes si hará frio en aquella capital.

El otro dia fué puesto á disposicion de la autoridad un mozo que tenia un sable oculto entre los pantalones.

No sabemos si se llamará Ramon.

Los conspiradores presos últimamente en París se llamaban Trabuco, Grego, Imperatori y Marfoli.

En vista de estos nombres, ya no nos estraña el complot y la intencion de los citados sugetos, que ya lo están.

Un hombre que se llama Trabuco, por fuerza tiene que ser una calamidad.

Los griegos ya saben ustedes lo que son en las casas de juego.

Imperatori no podria querer bien al emperador, por-

que eso de tener tan gran nombre y no ser nada, es cosa lastimosa. Desde hoy se puede decir: «quién es tu enemigo?» el de tu nombre... Y Marfoli, según hemos sabido, no pudiéndose avenir a no llamarse siquiera Marfori, no faltándole más que una letra, había decidido hacer una que fuera sonada, y hacerse tan célebre como Marfori, aunque por distinto camino.

Un memorialista de esta corte tiene a la entrada del Chiribití un cartelito que dice: Agencia de toda clase de negocios.—Se despachan con actividad todas las comisiones que se reciban.

Días pasados se presentó un caballero y le dijo: —Se encarga V. de toda clase de comisiones, ¿no es verdad?

—Sí, señor. —Pues hágame V. el favor de ir mañana entre seis y siete a la venta del Espíritu-Santo.

—No tengo inconveniente; pero ¿para qué? —Para batirse a pistola a cinco pasos con un individuo que me ha provocado.

No sabemos si ha desempeñado esta comision el memorialista.

Lo averiguaremos, porque creemos que no habria de faltarle que hacer.

Don Juan de Peralta y Margarita van a presentarse en la Zarzuela. Son dos zarzuelas en tres actos, que se habrán anunciado en los periódicos unas cuatrocientas veces. No se anunciarán tantas en los carteles, aunque lo deseamos.

Ejemplo de la utilidad de los discursos académicos, bajo el punto de vista médico.

Una actriz cae atacada de una crisis nerviosa.

—¡Un médico! ¡un médico!

Llega el del teatro, un hombre de talento, que procura abrir la boca de la paciente para que pueda tragar una cucharadita de éther.

—¡Imposible!

La contraccion es tan violenta, que no hay modo de abrir la purpurina boca de la actriz.

De repente el médico se dá una palmada en la frente tan violenta, que en la frente se deja impresos los cinco dedos, y esclama:

—¡Que traigan un ejemplar del discurso de recepcion en la Academia de Necedal!

Lo traen; el médico se sienta, empieza a leer, y a los pocos momentos la enferma se sonrie, y luego se rie, y abre la boca.

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

III.

Los actores.

(Continuacion.)

—Y qué es lo que V. desea? pregunté á aquella señora, que no tenia seguramente intencion de terminar su exordio.

—Lo que deseo, señor D. Marcos, es que vea V. de remediar esos abusos y que la niña no sea menos que nadie, y que se le den buenos papeles, y que si la otra tiene beneficio, lo tenga tambien mi niña, y que se igualen sus sueldos, y que sepan VV. que están tratando con unas señoras. El público no ha visto aun á mi niña en los papeles de su cuerda, que cuando la vea ya verá V. que caso hace de la otra; ya verá V. de qué poco le sirven los ramos que le echan una docena de pollos, que siempre trae al retortero y que se vienen á hacer el oso desde las butacas de orquesta para que ella los mire y el público vea que los mira. ¡Jesus! ¡qué peste de pollos! ¡Bendito sea Dios! ¡qué á mi niña no le gustan los pollos! Lo que ellos quisieran seria venir tambien en los entreactos al cuarto de la niña, que siempre andan buscando quien los presente; pero nosotras no estamos por eso. Luego empiezan las habladorías, y ya se sabe, quien mas pierde siempre es la mujer. Así hablan de la otra, que hay que taparse los oidos.

Yo no me los tapé para oír mas, pero D. José apareció muy oportunamente con el presupuesto, y vino á consultármelo. El tal presupuesto ascendia á 6,000 rs. diarios; pero como el teatro hacia 10,000 me quedarían 4,000, que es un buen sueldo.

—¡Está salvada!... Aviso á la Facultad.

La comedia La mejor joya el honor, estrenada en Variedades, es regular, y nada más. No vivirá mucho.

A la Habana se va, te lo vengo á decir, Pérez Calvo (don Juan) con un sueldo... hasta allí.

El Diario Español, por hacer la oposicion á algunos hombres políticos gallegos, publicó días pasados un artículo poniendo de vuelta y media á los gallegos; pero los periódicos de Galicia han vuelto valientemente por sus hombres y su país, y le contestan como merece.

Segun el Diario Español, si un ministro, á quien se haga la oposicion, es andaluz, los andalucés son de lo peor que hay en el mundo, y si extremeños, ni los hombres, ni los chorizos de aquel país son buenos, y si es asturiano, ha de considerarse zafios, torpés é incapaces á cuantos hayan nacido en Asturias.

La lógica y la justicia que usan algunos periódicos descalabran á cualquiera.

Dice El Pensamiento Español que el periódico La Democracia vale 102 cuartos, y La Democracia le contesta que no puede decir lo que vale El Pensamiento Español, porque respecto á fracciones decimales no acostumbra á contar menos de una diezmillonésima de maravedí.

Consiguamos este hecho para que Vds. se persuadan de la sensatez, cordura, finura y cultura que distingue á los periódicos políticos, que se dicen cuarto poder del Estado y eco de la opinion pública.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

No se lo digas á nadie, pero en mis verdes abriles me gustaba mucho, mucho, el marqués de Novaliches.

La señora de siempre.

Calcularemos, me dijo D. José, la entrada en 8,000 un dia con otro.

—Cálcula V. en 6,500, y si se realiza, este cálculo me dará por muy satisfecho.

—Poco resultado quiere V. para su empresa, observó el primer actor.

—Me contento con 15,000 rs. de utilidad cada mes, y hasta con 10,000, y hasta con 6,000.

—Pues es seguro.

—¡Ojalá! Y cuándo damos principio á las funciones?

—Pasado mañana. Pondremos el drama El hombre de la selva Negra.

—Pero ese drama es muy viejo.

—No importa: es uno de mis papeles, y el público me aplaude á rabiar siempre que lo hago.

—Pero se llena el teatro?

—Eso por supuesto; habia de trabajar yo cuando no hubiera gran entrada?

—Pues bien flojas entradas ha tenido V. antes, y trabajaba V. sin embargo.

—Es que antes...

—Antes oí decir al barba, que no creia seguramente que yo le oia, no teníamos caballo blanco.

—Vamos á redactar el cartel, dijo el primer actor.

Y se escribió el siguiente: —Funcion de abono.—2.ª serie.—Primer turno.

(V no habia ni un abonado.)

1.º Sinfonia de El caballo de bronce.

Si llega á poner de El caballo blanco, me parece que yo no hubiera sido empresario ni un minuto mas.

2.º 490 representacion del acreditado drama traducido del francés, titulado: El Hombre de la Selva negra.

en el que tanto se distingue el primer actor, y director D. José N., y que tantos aplausos le han valido en todos los teatros de España, y tantos elogios de la prensa, sin distincion de colores políticos, ensayado y dirigido por el citado primer actor y director D. José N., á quien acompañarán las señoras y los señores siguientes:

3.º Terminado el drama, y para dar descanso al primer actor y director D. José N. que tanto se fatiga en

A la sociedad El Fomento de las Artes se ha salido un poeta del tenor siguiente, que en una composicion leida nada menos que en la inauguracion de dicha sociedad en la noche del 10, escribe los profundos y trascendentales pensamientos que verá el lector en estos aspirados y fáciles versos:

«Vea la aristocracia y el opulento que somos muy felices en el Fomento.

Todos hermanos, sin palacios, ni orgullo, ni besamanes.

Que en vez de damas ricas encopetadas, nobles hijas del pueblo engalanadas modestamente, su belleza aquí lucen resplandeciente.

Y en lugar de espadines, bordado traje, adulacion rastrera, falso lenguaje de los salones, aquí laten honrados los corazones.»

Ya ven Vds. que este poeta republicanito, promete

Dice un periódico que el jueves habrá nuevo chocolate en el palacio de Fernan Nuñez.

En el palacio de EL CASCABEL, situado en Carabanchel alto, hay chocolate nuevo todos los dias, porque el que se toma un dia no es posible volverlo á tomar.

Anuncia un periódico que el autor de la Almoneda del Diablo, comedia de magia tonada de otras comedias de magia francesas, la ha refundido para que el señor Miguel baile el cucuyé, en cuyo baile dicen que está inimitable el señor Miguel.

Nosotros creemos que el señor Miguel está inimitable en todo.

Hemos visto un anuncio de chambras bordadas, camisas, pantalones, gorras y pañuelos, para novias, cuyas prendas se liquidan, segun dice el anuncio.

Pues se quedará buena una novia cuando se le liquiden la chambrá, la camisa, la gorra, las enaguas, etc., etc.

La comedia El amor de los amores, estrenada en el

el desempeño de su difícil é importante papel, se ejecutará el baile en un acto, compuesto por el director Frascquito Morales, y en el que tomará parte la primera bailarina doña Adela Pérez, titulado:

La estrella polar ó la maja y el majó.

4.º El Misericordioso...

—¡Cómo! dije al director, creyendo que queria que lo cantase yo.

—Del Trovador, continuó para tranquilizarme.

5.º y último La comedia en un acto Mientras dura vida y dulzura, en la que volverá á presentarse el primer actor y director D. José N., á pesar de haber tomado parte en el drama, y para complacer al público, que desea verle ejecutar los quince caracteres diferentes del papel que desempeña en la citada pieza, que son: una vieja, una viuda jóven, un escribano, un ladrón, un capitán de coraceros, un miliciano, un nudo, un médico, un sacristán, una manola, un alguacil, un ciego, un ministro, un moro y un oso blanco.

Tratáronse despues otras cuestiones graves, entre ellas la de las alabardas: yo me oponia á que en el teatro entrara de valde ningun nacido, pero los actores se sublevaron, y todos me pidieron entradas para sus familias, y un palco el director, y otro la Gertrudis.

Se habló de las comedias nuevas que habian de hacerse, y el director repartió un drama de un autor gran amigo suyo, y cuyo nombre habia yo visto en los periódicos, en medio de censuras mas ó menos severas, y pocas veces elogiado.

El drama era histórico, y se titulaba Todo es mentira, y era verdad, porque yo, que lo oí leer el dia siguiente, me encontré cada falsedad histórica, que se estreñecia en su tumba el mismísimo P. Mariana.

La mise en scene de este drama, dijo el director, nos costará 2,000 duros.

—Sea en horabuena, le dije, creyendo, como soy Marcos, que los iban á pagar él y el autor.

—Tiene buen papel para mí? dijo la dama jóven.

—Una muchacha que no ha conocido á su padre, que luego resulta ser el rey Felipe IV.

(Se continuará.)

Príncipe á beneficio de D. Juan Catalina, tuvo buen éxito. Es una traducción del francés. Matilde y Catalina merecen muchos aplausos en esta obra. Lo celebramos. Se preparan en este teatro muchas obras nuevas.

CHARADITA.

Es mi primera, lector, el rey Don Victor Manuel, y en todas las partituras muy repetida se vé; la segunda y la tercera el todo dice que es en negocios del Estado un poeta que yo sé; la primera y la tercera si en medio del mar te ves en tu barca metido tendrás que saberlo hacer; la tercera repetida lo hace un ministro muy bien, y el todo... no te lo digo, peor meneallo es.

Reforma

CONSECUENCIAS DE UN OLVIDO.

Francamente, lector, no sé cómo pude, incurrir en tan trascendental olvido. Desde el 20 de diciembre tenía hecho mi presupuesto. Un napoleon, de Luis Felipe por cierto, había sido puesto en conserva, es decir, en un cajon de mi mesa, para dárselo al bárbaro autor de mis infortunios.

El día de nochebuena lo vi relucir en el fondo del cajon, y dije aparte: Mañana te lo entregaré, maestro y dueño de mi vida, que me parece que un barbero, con la navaja en la mano, es dueño de la vida de cualquier parroquiano. Cómo olvidé entregárselo, es cosa que no puedo explicarme. Hay momentos en la vida del hombre desocupado, en que se olvida de lo más sagrado. Créanme VV., señoras, digo, caballeros, que las señoras, aunque suelen tener buenos bigotes no se afeitan, no olviden ustedes nunca dar la propina de Pascuas al barbero, porque si no se le dan... ¡oh! entonces ya puede un hombre echarse en remojo, y no de agua de jabon, sino de agua de la mar salada, ó del pozo de su casa, que está más cerca.

¡Oigan VV. y estremézcanse! El primer día de Pascua entró el barbero en mi cuarto con una cara de idem (este idem puede ser barbero y Pascua, como ustedes quieran,) que me alegró y me gustó, aunque él es bastante feo, porque a mí me agrada ver á la gente contenta; hablome de cosas indiferentes, de política, que no hay cosa más indiferente, de los novios que tiene la hija de mi vecina, que es viuda de un coronel, y el barbero ha averiguado que era sargento (el coronel, no mi vecina la mujer del coronel que era sargento), de lo propio que está Caltañazor vestido de moro en la Zarzuela, de lo fuerte que se va haciendo mi barba, del frio que hace, del que hizo y del que hará, y de la desgracia grande que es para un hijo perder á sus padres, cuando el hijo se queda sin mas recursos que una buena disposición para ser barbero, y de otros particulares igualmente interesantes.

Cuando terminó su obra, y limpió sus navajas, y se lavó las manos, que yo creo que para no gastar jabon no se las lava hasta que vá á mi casa, y se las lavó más prolijamente que de costumbre, sin duda para recibir la propina con manos limpias, cogió la gorra, y poniendo la cara aun más risueña y los ojos mas encandilados que cuando entró, me dijo: Tenga V. felices Pascuas. Gracias, hombre, le dije, y V. tambien. Y dió unas doce vueltas á la gorra, y salió. Aquel día di propina á todo el mundo, á los repartidores de los periódicos, al portero, á los barrenderos de la villa, que el único servicio que me hacen durante todo el año es echarme el polvo encima, al cartero del interior, que todas las cartas que me trae son de acreedores, que como ellos no tienen que hacer mas que cobrar, creen que yo no tengo otra cosa que hacer que pagar, al sereno del barrio, que todas las noches cuando me abre la puerta me regaña porque vengo tarde, á la ncdriza que me crió, que me hizo una mala obra, porque no me ha criado mas que para tener pesadumbres, y á otras muchas personas que en todo el año no se acuerdan de mí, importándoles un comino que me coja nn tero. Y ¡tonto de mí! pensé que había acabado de dar propinas. El dia siguiente me volvió á afeitar el barbero; la cara que traía era otra, era una cara indefinible, en la

que había un poco de esperanza, otro poco de desaliento, otro poquito de ironia, y otro poco de amenaza.

No quisiera equivocarme, ni levantarle un falso testimonio; pero me parece que el barbero no me deseñó con tanto primor como de costumbre.

Acabó su tarea, dió algunas vueltas mas á la gorra que el dia anterior, y al salir me dijo: Tenga V. felices Pascuas.

Gracias, hombre, le contesté, y V. tambien. Y sin acordarme de soltarle el napoleon!

Aquel dia tuve mucho que hacer, entre otras cosas oír un zarzuela que ha escrito el padre de mi novia, oficial retirado de la retirada Guardia Real, en la cual—en la zarzuela,—hay un coro que canta la susodicha Guardia Real, y una romanza de tenor que canta Espartero á caballo, momentos antes de una batalla, con la que concluye la obra.

El dia siguiente volvió el barbero. Traía severo continente, y no me habló mas que de la generosidad de algunos parroquianos suyos, que le habían gratificado espléndidamente.

Tenga V. felices Pascuas, me dijo como los dos dias anteriores.

Y yo sin acordarme de darle el napoleon!

Pues señor, aquella tarde tuve que bajar á la tienda, de la que me surto por mayor, porque yo, aunque joven é independiente, tengo casa y criada, á la disposición de VV.,—la casa,—en la calle de Sal si puedes; pues bajé á la tienda, y comenzamos el siguiente diálogo el tendero y yo: ¡Hola, don Juan!—(El tendero se llama Juan, pero yo, como le debo, le llamo don Juan.)

Buenas tardes. Mándeme V. una arroba de garbanzos, otra de aceite, cinco libras de velas, dos pajuélas y una cuartilla de arroz.

¡Sí! ¡eh! Estó solo me dijo el tendero con una cara de vinagre mas claro que el de su almacén.

Y póngamelo V. en la cuenta. Es que ya me debe V. 500 rs.

Y qué? Que no puedo fiar á V. mas.

Hombre! ¿qué dice V.?—Pues qué! ¿no soy de fiar? Sí, señor, V. es de fiar, pero yo no me fio.

Y se remangó las mangas para servir á una fregatriz media panilla de aceite.

Salió de la tienda, echando chispas, y sin comprender cómo me había retirado su confianza un hombre que había sido por mi influjo cabo de la Milicia en mi propia compañía.

Volví á mi casa todo ensimismado, y hallé sobre la mesa esta humillante carta del carbonero:

Señor on rufo, Hé pgado un A tunda al chico porque se g. leaf yado á V. llá á aRobas d carBon. — Asi tengo el onel de decir á uestep que me man De oy el diNero ó le pong OA V. dElante el Juep. ManDe uztes coMo guste á Este su amiGo qe besa sus piesEs—Pedro MoNterA.»

Tambien mi amigo el carbonero me insulta! El dia siguiente fué el barbero á afeitarme; no habló una palabra; me descañonó y desolló salvo la parte, que tengo costuron para mientras viva.

Y yo sin darle el napoleon!

Salí triste de casa, la portera estaba barriendo la escalera, y me echó la basura encima.

Buenos dias, Rosa, le dije. Mi portera se llamaba Rosa, y es una rosa que cogió su marido en 1808.

Me miró de arriba abajo, se tiró de la punta de la cabeza, digo del pañuelo de la cabeza hacia atrás, y siguió dando movimiento á la escoba, sin contestar mas que con un gruñido que lo mismo podia decir Buenos dias que Por ahí te pudras.

Tambien la portera me despreciaba! Tenia que hacerme un pantalon, porque esto de tener siempre abrochado el gaban y la capa encima, y no poder enseñar el reló,—aunque yo no lo tengo,—es una cosa cruel.

Pues en todos los sastres de la vecindad, que hay siete, no encontré quien me lo quisiera hacer; todos me pedian el paño, el forro, hasta los botones, y ya ven ustedes que si yo hubiera tenido todo esto, yo mismo, ó entre la criada y yo, podríamos haberlo hecho.

Y ahora que hablo de la criada, sepan VV. que esta se despidió de mi casa el dia 1.º de año, sin quererme decir por qué; pero en ciertas retenciones injuriosas, comprendí que el temor de que se murmurara de su virtud, era la causa principal de su salida.

Es decir, que hasta la criada sospechaba de mí! El barbero volvió á afeitarme, y noté en él cierto aire amenazador; tuve miedo, lector mio, y hasta creí que me iba á rebanar el cuello.

No me lo rebanó, pero me afeitó tan mal, que me dejó mas escalones en la cara que los que habria para subir á la torre de Babel.

La última desgracia que me afligió fué que mi novia, una muchacha guapa, y con dote, me despidió por orden de su padre, el de la zarzuela de Espartero, tan grande amigo mio,—el de la zarzuela,—como de aquel famoso personaje.

Todo el mundo me abandonaba. Solo me quedaba el barbero.

Ayer me decidí á despedirle, por miedo, y porque mas vale estar solo que mal acompañado.

Decidí tambien mudarme de casa, abrí el cajon de mi mesa para sacar el retrato de mi novia y devolvérselo, ¡y ví el napoleon!...

La Providencia me protegió entonces, y una voz tan fuerte como la de la burra de Balán me gritó: ¡Es del barbero!

Cuando fué á afeitarme, se lo entregué, pidiéndole perdon de mi olvido.

Hoy todos me han devuelto sus simpatías y amistad; mi novia se casa conmigo, cualquier sastre me hace el pantalon, el tendero me fia, el carbonero se humaniza, etc., etc.

El secreto de todo esto es que el barbero afeitaba á todas esas personas, menos á mi novia, y con todos me había desacreditado porque no le había dado propina de pascuas.

El mismo, que es buen muchacho, me lo ha confesado, pidiéndome perdon.

Como esta es la mejor de las prerogativas del hombre, se lo he otorgado, y sigue descañonándose á la perfeccion.

ALMANAQUE

CÓMICO-PROFÉTICO

DE EL CASCABEL.

Ya se ha puesto á la venta y empezado á repartir en Madrid y remitir á provincias este librito, que se regala á los suscritores que hayan renovado ó renueven su suscripcion por tres meses, y á los nuevos que se suscriban por el mismo tiempo.

Los de provincias remitirán un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al hacer el pago de su suscripcion.

El Almanaque contiene en el orden que á continuación se espresa:

El Santoral completo.

Jucio del año, por D. Carlos Frontaura.

Ellas y ellos, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

De un drama inédito, por D. Tomás Rodríguez Rubi.

Mujeres, por D. Narciso Serra.

Vamos á cuentas, por D. José Selgas.

De una comedia, por D. Luis Mariano de Larra.

Simpatías, por D. Francisco Camprodon.

Antes, ahora y despues, por D. Antonio Arnao.

De mi cartera, por D. Cecilio Navarro.

Los hombres políticos.

Profecias Cómicas, etc., etc.

Guia del forastero en Madrid.

Consejos higiénicos.

Se venderá á 2 rs. únicamente á los compradores de EL CASCABEL que presenten alguno de los números de este periódico que tengan la fecha del mes de enero.

Para los no suscritores ni compradores 3 reales en Madrid y en provincias.

A los libreros de provincias, en llegando el pedido á 12 ejemplares, se les darán con un 20 por 00 de rebaja.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.